

# La justa hiel

Melisa Machado

Acerca de *Veneno de Escorpión Azul*,  
de Roberto Echavarren  
La Coqueta, Montevideo, 2021



El color amarillo es el color del centro. Ya sea en forma de oro, de maíz o de ropaje. Y ése es el centro que parece perseguir Echavarren en su poema titulado Veneno de escorpión azul.

El poeta va ahora en busca de sí mismo, persiguiendo el alejamiento o la recuperación de “ese cuerpo que viene en imagen vibratoria a la mente”. Quizás se trate del alejamiento del propio cuerpo o del cuerpo del Otro, el que enferma. En todo caso se trata de la salvación de sí: “Dale al cuerpo lo que pide pero ve todo desde el cuerpo (...) Baja de la caja encantada del romance/a la experiencia pura y dura”.

Quizás se trate de abandonar, al fin, el cuerpo del deseo. Eso que al final no es más que “puro fetiche, o si se quiere figura, forma, formato que llega topológicamente a lo ridículo, deformado como las cabezas reducidas (...)”.

Aunque la búsqueda parece persistir: “Lo que puede gustarme ha cambiado de formato, el anterior ya no es posible (en ningún aspecto) y el nuevo parece no haber llegado aún, pero es evidentemente más abierto, menos circunscrito en términos de aspecto o edad”.

Sinólogo de su propio destino, como Richard Wilhelm del I Ching, El Libro de las Mutaciones parece regir tanto la vida del Emperador Amarillo como la del poeta, lo ayuda a sostener “las farras del espíritu” ya que “todo se gasta en el proceso”. Entonces éste se convierte en “un amigo siempre dispuesto a compartir su conocimiento contigo acerca de lo que te pasa, y te da la imagen y el juicio, te coloca en los dos hemisferios cerebrales, en el hemisferio derecho la imagen, en el izquierdo el juicio”.

Aparece aquí también una visión alucinada de Jim Morrison, un sesgo o cita de su Ave Roc, de los 90. Y surge otra vez el color amarillo pero esta vez en la orina, elemento mercurial que sirve para enlazar lo ficcional y lo real, la emergencia del “pistilo sobresaliente de una cala” junto al líquido color oro que fluye del cuerpo y finalmente, lo alivia.

“Soñé que me había muerto y me ponían una mortaja amarillo dorado”, escribe. “Pero no estaba muerto a pesar de todo”, aclara. Como si fuese necesario. Roberto Echavarren está más vivo que nunca: su pluma se enrosca y se desenrosca como una gran boa que todo lo traga y vomita luz, destellos de un color amarillo y azul, como el veneno que sana en su justa medida y lo hace portador del centro

de sí mismo. Y de la palabra poética acertada, precisa, sutil,  
iridiscente.

**Melisa Machado**



Ilustración: Eduardo Zabala  
Plebella Nube  
[plebellanube.wordpress.com](http://plebellanube.wordpress.com)  
iimxxi

